

La guerra a muerte

(Del libro inédito
"Visiones de Gesta")

"1814—dice Rufino Blanco Fombona en una de esas admirables acotaciones que ha puesto a las cartas del Libertador— es el año aciago de Venezuela; el año de la sangre y de las lágrimas; el año más crudo de la guerra a muerte; el año de Boves. Boves y Morales lo llenan con su nombre. Las piedras humean; la sangre empapa el suelo de los campos y corre por ciudades y villorrios. Bolívar no se escapa de ese diluvio sangriento. Sus manos, en 1814, aparecen enrojecidas".

Es tan humano, por más que sea también inhumano y rebaje la dignidad de la humana naturaleza, oponer el hierro al hierro, la violencia a la violencia, el estrago al estrago, que Bolívar, "grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio, GRANDE PARA MAGNIFICAR LA PARTE IMPURA QUE CABE EN EL ALMA DE LOS GRANDES", no pudo sustraerse al cumplimiento inexorable de la ley. Bolívar era hombre. Un hombre superior. Un héroe. Un genio. Pero la soberbia es también pecado de arcángeles y a la venganza se le ha llamado, con verdad y justicia, manjar de los dioses.....

La burla sangrienta—¡y cuán apropiado es el adjetivo!— que hizo Monteverde de las capitulaciones de La Victoria, produjo en los patriotas un espasmo de dolor y de ira. Las ovejas se tornaron en chacaes.

Antonio Nicolás Briceño, joven abogado venezolano de familia distinguida y cultísimas maneras, que había sido secretario del Congreso, llegó como emigrado a Cartagena, y allí publicó, el 16 de enero de 1813, un plan para derrocar por las armas el régimen tiránico que agobiaba a su Patria. "El fin prin-

cipal de esta guerra—decía—es el de exterminar en Venezuela la raza maldita de los españoles de Europa, sin exceptuar los isleños de Canarias..... Ninguno de ellos debe quedar con vida, no admitiéndose excepción ni motivo alguno.....”

Ofrecía premios en dinero y ascensos para los que presentaran cabezas de españoles: el soldado que corte 20 será hecho abanderado en actividad; 30 valdrán el grado de Teniente; 50 el de Capitán, etc. Proponía que los bienes de los enemigos fueran partidos por iguales partes entre el Gobierno y el Ejército expedicionario que trataba de organizar, y otras mil criminales extravagancias.

Los venezolanos J. S. Chaquea y F. de P. Navas y algunos aventureros extranjeros—ningún granadino—suscribieron con júbilo el plan de Briceño. Este llegó con su escuadrón de más de 100 reclutas al cuartel general libertador de Cúcuta, a raíz del triunfo del 28 de febrero; presentó a Bolívar y a Castillo su proyecto, y obtuvo que lo aprobaran, con la salvedad de que **POR AHORA** no se daría muerte a **TODOS** los españoles y canarios, sino a **AQUELLOS QUE SE ENCONTRARAN CON LAS ARMAS EN LA MANO**. Se suprimió además la macabra almoneda de cabezas.

Briceño se internó en Venezuela, sin atender órdenes ni admoniciones de Bolívar. Estaba loco de odio y sitibundo de sangre. En San Cristóbal comenzó a ejecutar el plan de Cartagena: fusiló a los dos únicos españoles que halló en la ciudad y escribió cartas con la tinta roja de las venas de sus víctimas. En Guasdalito fué batido y hecho prisionero el 16 de mayo, y el 15 de junio en Barinas fué arcabuceado con varios compañeros.

Ese mismo día, el dolorosamente memorable 15 de junio de 1813, firmaba Bolívar en Trujillo la proclama que ha pasado a la Historia como síntesis de la guerra a muerte: “¡Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América! ¡Americanos, contad con la vida aun cuando seáis culpables!”

Una semana antes, en Mérida, había dicho: “Nuestra bondad se agotó ya, y puesto que nuestros opresores nos fuerzan a una guerra mortal, ellos desaparecerán de América, y nuestra tierra será purgada de los monstruos que la infestan. ¡Nuestro odio será implacable, y la guerra será a muerte!”

Cuando el halalí triunfante de los libertadores granadinos sonaba ya sobre la ciudad de Caracas, abandonada por Monte-

verde y presa del pánico—aunque guarnecida todavía por 1,500 hombres,— el Brigadier Manuel del Fierro encargado del Gobierno, envió una comisión a pedir piedad a Bolívar. Y en el propio sitio de La Victoria, donde dos años antes capituló Miranda con Monteverde, los secuaces de éste tuvieron que capitular humildemente con Bolívar el 4 de agosto de 1813. “Estas capitulaciones—dijo entonces el vencedor—serán cumplidas religiosamente para oprobio del pérfido Monteverde y honra del nombre americano”.

Bolívar, al dar cuenta al Congreso de Nueva Granada de la ocupación de Caracas, dice: “Después de la batalla campal de Tinaquillo, marché sin detenerme por las ciudades y pueblos de Tocuyito, Valencia, Guayos, Guáracá, San Joaquín, Maracay, Turnero, San Mateo y La Victoria, donde todos los europeos y canarios, casi sin excepción, han sido pasados por las armas”.

Pero, firmada la capitulación, la cumplió lealmente. Esta debía ser ratificada por Monteverde dentro de 24 horas, contadas desde el momento en que la conociera el Gobierno de Caracas; y como llegara el 9 de agosto, y Monteverde, encerrado en Puerto Cabello, permaneciera mudo al respecto, Bolívar, que tenía en su poder a millares de españoles y canarios, a quienes tendría que tratar conforme a la proclama de Trujillo, si el tratado con Fierro no era ratificado y en consecuencia no le era entregada toda la Provincia de Caracas, envió una comisión al titulado Capitán General, la cual obtuvo esta desdeñosa respuesta: “No pudiendo don Manuel Fierro ni el Cabildo de Caracas facultar para misiones de capitulación, ni otras algunas que son privativas del Capitán General de la Provincia, han sido nulas y de ningún momento todas las operaciones en su consecuencia obradas; y yo jamás podré convenir en unas proposiciones impropias del carácter y espíritu de la nación grande y generosa de quien tengo el honor de depender.

Bolívar insistió, haciendo ver a Monteverde que a la menor dilación serían exterminados todos los peninsulares e isleños que estaban abandonados a su arbitrio de vencedor. El canario se negó nuevamente.

Sitiado Puerto Cabello, un día ganaron los independientes ventaja y lograron apoderarse de Antonio Zuazola, el carniceiro más atroz de que pudieran ufanarse los realistas. Aterrado ante el suplicio que se le esperaba por sus crímenes, pidió a Bolívar que lo propusiera en canje por el Coronel Diego Jalón, que yacía en uno de los castillos de la fortaleza cercada. Bolívar hizo

la propuesta. Juan Nepomuceno Quero, Mayor General de Monteverde, respondió: "El señor Capitán General, cuya humanidad ha sido bien conocida en Venezuela, se halla horrorizado de las crueldades cometidas contra los europeos por don Simón Bolívar; por tanto se ve en la dura necesidad de valerse de la recíproca, y ha resuelto que, por cada uno que en lo sucesivo sea sacrificado ahí, lo hará con dos de los que se hallan en estas prisiones, y por ningún caso accede a dar a Jalón por Zuazola, y sí canjear persona por persona de igual carácter". A lo cual Rafael Urdaneta, Mayor General de Bolívar, replicó: "Horrorizado el General del Ejército libertador de Venezuela de las perfidias, traiciones, crueldades, robos y toda especie de crímenes cometidos por don Domingo Monteverde, ex-Gobernador de Caracas, ha decretado la guerra a muerte para tomar en parte la represalia a que el derecho de guerra lo autoriza cuando el de gentes ha sido violado tan escandalosamente. Si el intruso ex-Gobernador Monteverde está pronto a sacrificar dos americanos por cada español o canario, el Libertador de Venezuela está pronto a sacrificar 6,000 españoles y canarios que tiene en su poder, por la primera víctima americana".

Zuazola fué ahorcado y cuatro compañeros suyos fusilados en la plaza de Puerto Cabello, a la vista de los sitiados. Estos sacrificaron, a la vista de los sitiadores, número doble de prisioneros civiles.

Bolívar propuso entonces a Monteverde un canje general, comprometiéndose a dar dos realistas por cada uno de los patriotas, con la condición de que entre éstos se comprendiera al Coronel Jalón. Monteverde ofreció entregar los presos que tenía en el castillo de San Felipe por todos los españoles y canarios que estaban en poder de Bolívar. A pesar de la enorme desproporción—uno por cuarenta—el Libertador aceptó, pero si se comprendía en el canje a Jalón. Monteverde se negó obstinadamente. Bolívar insistió por dos veces, pero en vano.

La última esperanza de avenimiento está, pues, rota. La sangre va a correr en avenidas trágicas.

Las bandas realistas que ambulaban por el territorio de Venezuela recrudecieron su crueldad vandálica. Nada, ni las alucinaciones canibalescas de un Han de Islandia, es comparable a lo que aquellos desalmados realizaban. Las poblaciones tomadas a saco y a degüello, los campos incendiados, mutilados los ancianos y los niños, las esposas y las vírgenes rendidas a libidinoso desenfreno. Nunca como entonces mereció el hombre me-

por la clasificación zoológica que más tarde le asignara Hipólito Taine: "GORILA FEROS Y LUBRICO".....

Bajo la fe de su palabra dijo Simón Bolívar, en 1815, a un periódico de Kingston:

"El Jefe realista Antoñanzas hizo 300 prisioreso americanos en San Juan de los Morros, y a todos los ahorcó en los árboles y las cercas, y para satisfacer su instinto sanguinario, contemplando los terribles efectos de sus sufrimientos, y para conocer íntimamente el interior del cuerpo humano, vivas aún sus víctimas, mandó a sus soldados que las atormentasen de todos los modos posibles y a su antojo, con puñales, etc., que los despedazaran de diversas maneras, y todo esto sucedía a tiempo que el General Miranda y otros Jefes del Ejército independiente trataban a los prisioneros, indistintamente, con una clemencia hasta entonces desconocida en los anales de las guerras civiles. El Comandante español Zuazola, con feroz frenesí, de que no hay ejemplo en los anales del crimen, decapitó la mayor parte de la población del pacífico pueblo de Aragua, hombres, mujeres y niños, sin distinción alguna. A los demás los hizo desollar vivos y arrojar en un lago venenoso para poner así fin a su existencia. Ni las mujeres en cinta, ni un solo individuo se escapó en esta ocasión a la furia de ese monstruo. El Jefe español Rosete, en el pueblo de Ocumare, cerca de Caracas, resuelve igualar a su compatriota Zuazola y exceder a todos los demás en crueldad; sus desgraciadas víctimas fueron sacrificadas al pie del altar de Nuestro Salvador, en donde se habían refugiado, y con ellas perecieron todos los Ministros de nuestra santa Religión. Las víctimas de Ocumare dejaron esta vida y fueron a unirse a los millones de seres humanos que han sido sacrificados en la América. Rosete con inaudita crueldad, hacía arrancar a sus víctimas la piel de la planta de los pies y los obligaba a correr sobre la ardiente arena hasta que, exhaustas sus fuerzas, espiraban. A otros los hacía atar a los postes y, después de arrancarles las entrañas, los dejaba para pasto de los insectos y de las aves carnívoras. El jefe español Trujillo entregó al monstruo Rosete a su hijo único, nacido en América, para que corriera igual suerte.—Las tropas al mando del Coronel Ceballos dieron muerte a todos los enfermos que encontraron en los hospitales de Valencia, después de martirizarlos de mil maneras, entre otras, sacándoles los ojos con tirabuzones; bajo este tormento murió el Oficial patriota Peletán. Una sirvienta del Coronel patriota Escalona, Gobernador de Valencia, fué encerrada en la casa de su amo; atada con fuertes

ligaduras a una cama, le arrancaron la lengua y le cortaron los pechos; luego, poniendo fuego a la cama, expiró la infeliz en medio de sufrimientos más crueles que los del toro de Phalaris”.

Y en el documento solemne de que es desarrollo el relato anterior y en el cual se esfuerza con prolijas consideraciones de todo orden por justificar su conducta y la guerra a muerte, dijo el gobernador británico de la isla de Curazao, en octubre de 1813:

“Podríamos ser clementes con los cafres del Africa; pero los tiranos españoles, contra los más poderosos sentimientos del corazón, nos fuerzan a las represalias..... ¡Ojalá una cruel necesidad no nos hiciera un deber inviolable el exterminar a tan alevosos asesinos!.....”

José Félix Ribas, por su parte, decía:

“La sangre americana es preciso vengarla. La sangre de las víctimas clama a todos los que tienen el honor de mandar los países libres de América. Yo reitero mi juramento y ofrezco que no perdonaré medios de castigar y exterminar esta raza malvada”.

Y Juan Bautista Arismendi:

“Os juro, compañeros, que yo, horrorizado de tantas maldades, no perdonaré jamás a ningún español enemigo. La sangre será vertida por mis órdenes, porque sé que su sangre será grata a la sombra de las víctimas americanas inmoladas a su furor atroz; seguro de que el General Libertador se halla animado de los mismos deseos”.

En los primeros días de febrero de 1814 los realistas alcanzaron serias ventajas. Alentados entonces, los prisioneros de La Guaira y Caracas trataron de conspirar. El Coronel Leandro Palacios, Comandante de La Guaira, consultó a Bolívar qué hacía en aquellos momentos de peligro con la multitud de españoles que existía en las prisiones de la plaza, “cuando éstos eran numerosos y la guarnición muy poca”. Bolívar, que recordaba la sublevación de los presos de Puerto Cabello, en 1812, cuando él mandaba la fortaleza, contestó el día 8: “Por el oficio de US. de 4 del actual, que acabo de recibir, me impongo de las críticas circunstancias en que se encuentra esa plaza, con poca guarnición y un crecido número de presos. En consecuencia, ordeno a US. que inmediatamente se pasen por las armas todos los españoles presos en esas bóvedas y en el hospital sin excepción alguna”. Y

envió al mismo tiempo igual orden al Comandante de Caracas, Coronel Arismendi.

Palacios escribe de La Guaira el 13 de febrero de 1813: "En obediencia a la orden expresa del Excelentísimo señor General Libertador para que sean decapitados los presos españoles y canarios reclusos en las bóvedas de este puerto, se ha comenzado la ejecución, pasándose por las armas esta noche 100 de ellos". El día 14: "Ayer tarde fueron decapitados 150 hombres de los españoles y canarios encerrados en las bóvedas de este puerto, y entre hoy y mañana lo será el resto de ellos". El 15: "Ayer tarde fueron decapitados 247 españoles y canarios, y sólo quedan en el hospital 20 enfermos, y en las bóvedas 108 criollos". Y el 16: "Hoy se han decapitado los españoles y canarios que estaban enfermos en el hospital, últimos restos de los comprendidos en la orden de S. E."

Arismendi, desde Caracas, el 25 de febrero: "Se servirá U.S. elevar a la consideración del Excelentísimo General en Jefe, que la orden comunicada por U.S. con fecha 8 de este mes, se halla cumplida, habiéndose pasado por las armas, tanto aquí como en La Guaira, todos los españoles y canarios que se hallaban presos, en número de más de 800, contando los que se han podido recoger de los que se hallaban ocultos...."

En esta bárbara matanza, ordenada pacientemente, con frialdad que espanta, por un hombre de altísimo talento y noble corazón, que había nacido en limpia cuna, que conocía todos los encantos de la vida civilizada, y que luchaba por imponer leyes de equidad, libertad y fraternidad a un mundo, culmina la locura siniestra de la guerra a muerte.

El espíritu del historiador, sobrecogido y angustiado, no acierta con el veredicto justiciero.

Que las llamadas de la guerra autorizan para oponer las represalias como un dique al torrente desbordado de la insania enemiga, es evidente. Que grandes capitanes han ocurrido a ese terrible recurso en casos de menor apremio, es evidente también. Que la proclama de la guerra a muerte, quitando a la lucha el carácter de esclavos rebelados contra sus amos, dió, por decirlo así, personería beligerante a los americanos, y que en heroica audacia sólo es comparable al desmantelamiento de las naves de Cortés—como lo observa Blanco Fombona—no hay quien lo dude. Que aquel acto de triste memoria no alcanzó a marchitar la gloria de Bolívar—juicio imparcial del historiador alemán Gervinus—no hay tampoco quien lo dude.

Hablando de la sangre derramada en la lucha de emancipación de su Patria, que revistió caracteres de crueldad espantosa, el publicista mejicano Orozco y Berra hace notar que el Gobierno colonial fué el primero que no perdonó a sus enemigos, el que introdujo la bárbara manera de hacer la guerra, y que los fusilamientos no sólo eran en el calor de la batalla, sino que el mayor número se verificó a sangre fría, en infelices inermes, inocentes de la falta que se les imputaba. Refiriéndose luego al "crimen que se esconde bajo el nombre de REPRESALIA", admitido cuando conviene a las pasiones, dice: "Volver sangre por sangre no es una virtud cristiana, pero es un hecho que nadie que razona se espanta de encontrar en los lances de una guerra de independencia". Y otro historiador de aquel gran país, el Licenciado Luis Pérez Verdía, cierra la argumentación con estas palabras: "Toda revolución es una conquista, y si como Alemán y otros parciales escritores, al referirse a la de Hernán Cortés, sostiene que no hay conquista sin sangre ni lágrimas, así debieron también considerar la que trajo por consecuencia la independencia nacional". (1)

¿Pero, y esta es la gran cuestión, volviendo a Venezuela y a Bolívar, la proclama de guerra a muerte y su realización impiadosa fueron oportunas, fueron eficaces, fueron convenientes?

Séanos permitido eludir la respuesta, y exclamar con el doctor José Gil Fortuol, historiador venezolano que ha sido en su país hasta Presidente de la República: "Exasperado Bolívar, no reflexionó que su nombre, lo mismo que el de sus Tenientes, el de tantos héroes de la Patria, iban a quedar en la historia de 1814 confundidos con los de aquellos vándalos, bajo la misma horrenda mancha del crimen. ¡Tristes tiempos, cuando hasta el Genio enloquece y apaga él mismo la antorcha que le guía al porvenir!" (1)

El desastre final está consumado. Sobre los escombros de la segunda Patria venezolana se alza, épica y siniestra, la figura de Boves. Su gran caballo de piel leonada y negras crines, es nuncio de matanza, de lágrimas y estrago. Boves encarna el alma de la guerra a muerte. Boves es un Dios de exterminio.

(1) "Compendio de la Historia de México", 359, 360.

(1) "Historia", I, 227.

¡Boves! Su solo nombre evoca una epopeya de sangre y de espanto. Es "la cólera del cielo que fulmina rayos contra la Patria", según dijo Bolívar. Pero este azote de la humanidad, este descendiente de Vándalo y de Atila, si el más cruel, fué también el más notable de cuantos Capitanes defendieron la causa del Rey en Nuestra América, cuando sonó la hora de la insurrección.

"Con todas las dotes de guerrero semisalvaje, con perfecto conocimiento del terreno y de los hombres, con un valor temerario, con osadía sin igual, actividad desconocida hasta entonces, y con el dón de mando aparente para el pueblo—dice Duarte Level—Boves era el caudillo de los llanos y el nervio de la guerra a muerte. A su voz surgían los Ejércitos, volaban los voluntarios y morían los que se mostraban siquiera rehacios a seguir la bandera real. Páez es el único de nuestros Generales que puede compararse a Boves, como militar. Boves le era superior en el manejo de las grandes masas, en la dirección de las batallas y en obtener mayor ventaja de todo incidente, pero inferior en las sorpresas, en las cargas bruscas e inesperadas y en los ardides de la emboscada. El uno era un General, el otro un gran guerrillero, incomparablemente superior en la guerra defensiva, mientras Boves lo era en la ofensiva." (2)

Gil Fortuol escribe: "Enamorado de las costumbres primitivas de los llaneros, gente a la sazón inculta y dada a todo género de aventuras, no tardó en hacerse Jefe de numerosa banda y en adquirir prestigio tal, que sólo puede compararse con el de José Antonio Páez en años posteriores. Valiente a toda prueba, aventurero por instinto, impasible en la derrota, ebrio en el triunfo, tolerante con los excesos de sus parciales, feroz hasta el delirio con sus enemigos, Boves mezcla en su alma el ímpetu salvaje del llanero, y su astucia y su fatalismo, con toda la crueldad de un Zuazola, de un Antoñanzas, de un Cerberis". (3)

Y Juan Vicente González: "La tradición espantada conserva el retrato de este bárbaro: de cuerpo mediano y ancha espalda, de cabeza enorme, de ojos azules y turbios como el mar, tenía la frente espaciosa y chata, la barba escasa y roja, la nariz y la boca como las del ave de rapiña. Su cuello, que tiraba hacia atrás, y sus miradas, que concentraba a veces y a veces paseaba con inquieta curiosidad, daban a sus movimientos aquel imperio

(2) "Historia", 100.

(3) "Historia", I, 224.

y fiereza de que no pudieron sustraerse sus mismos superiores. Frío como el acero, alevoso como el halcón, hería inesperadamente, rebelándose su rabia por los pueblos desolados y en cenizas, por millares de cadáveres insepultos". (4)

¡Boves! En sus glaucas pupilas había un brillo fascinador. Con la mirada dominó las hordas salvajes que lo acompañaron y que lo amaban con delirio. Era un atleta formidable. Sobre el campo feral, unimismado con su caballo legendario, vibrante el músculo desnudo, en alto la lanza, saltado el ojo, corva la nariz anhelante, la blasfemia en los labios, la melena y la barba en épico desorden, su silueta fulge con el prestigio de una visión dantesca. El, como el grifo heráldico, tenía de león y de águila.

Nació José Tomás Rodríguez Boves en la ciudad de Oviedo, Principado de Asturias, en 1783, por la misma época que Simón Bolívar en la villa de Santiago de León. En 1794 entró al Real Instituto Asturiano a seguir estudios de náutica y pilotaje, los cuales terminó en 1798. Se dice que como piloto de un barco pirata cayó en poder de la Justicia, en costas venezolanas en 1803, y que fué condenado a la horca. Se ha dicho también que se salvó por intervención de unos ricos señores de apellido Joves y que por agradecimiento dejó su apellido—que era Rodríguez—y tomó el de sus benefactores, cambiándole la primera letra. Que esta última especie es falsa—aun cuando quizá la única virtud que tuvo Boves fue el agradecimiento—y que su nombre y apellido son los que estampamos arriba, lo ha demostrado don Laureano Vallenilla Lanz con datos y documentos recogidos por él personalmente en España. El apellido Bobes—Boves es mala ortografía—es muy corriente en Asturias y se aplica al natural de la Bobia, término orográfico común en aquellas regiones. Bobes se llama también una parroquia del Concejo de Siero. De manera que siendo un apellido de procedencia geográfica, se le lleva siempre precedido de otro patronímico, como Rodríguez-Bobes, Alvarez-Bobes, Fernández-Bobes, García-Bobes, etc., apellidos éstos que llevan muchas familias en España.

Cuando estalló la revolución en Caracas, en 1810, Boves tenía tienda de comercio en Calabozo. Se hizo partidario de la nueva causa y en sus filas llegó hasta Capitán. Pero—según dice el escritor colombiano don Constancio Franco—se le ultrajó y degradó sin motivo. Entonces, en 1812, enfurecido y sediento

(4) "Biografía de Ribas".

y fiereza de que no pudieron sustraerse sus mismos superiores. Frío como el acero, alevoso como el halcón, hería inesperadamente, rebelándose su rabia por los pueblos desolados y en cenizas, por millares de cadáveres insepultos". (4)

¡Boves! En sus glaucas pupilas había un brillo fascinador. Con la mirada dominó las hordas salvajes que lo acompañaron y que lo amaban con delirio. Era un atleta formidable. Sobre el campo feral, unimismado con su caballo legendario, vibrante el músculo desnudo, en alto la lanza, saltado el ojo, corva la nariz anhelante, la blasfemia en los labios, la melena y la barba en épico desorden, su silueta fulge con el prestigio de una visión dantesca. El, como el grifo heráldico, tenía de león y de águila.

Nació José Tomás Rodríguez Boves en la ciudad de Oviedo, Principado de Asturias, en 1783, por la misma época que Simón Bolívar en la villa de Santiago de León. En 1794 entró al Real Instituto Asturiano a seguir estudios de náutica y pilotaje, los cuales terminó en 1798. Se dice que como piloto de un barco pirata cayó en poder de la Justicia, en costas venezolanas en 1803, y que fué condenado a la horca. Se ha dicho también que se salvó por intervención de unos ricos señores de apellido Joves y que por agradecimiento dejó su apellido—que era Rodríguez—y tomó el de sus benefactores, cambiándole la primera letra. Que esta última especie es falsa—aun cuando quizá la única virtud que tuvo Boves fue el agradecimiento—y que su nombre y apellido son los que estampamos arriba, lo ha demostrado don Laureano Vallenilla Lanz con datos y documentos recogidos por él personalmente en España. El apellido Bobes—Boves es mala ortografía—es muy corriente en Asturias y se aplica al natural de la Bobia, término orográfico común en aquellas regiones. Bobes se llama también una parroquia del Concejo de Siero. De manera que siendo un apellido de procedencia geográfica, se le lleva siempre precedido de otro patronímico, como Rodríguez-Bobes, Alvarez-Bobes, Fernández-Bobes, García-Bobes, etc., apellidos éstos que llevan muchas familias en España.

Cuando estalló la revolución en Caracas, en 1810, Boves tenía tienda de comercio en Calabozo. Se hizo partidario de la nueva causa y en sus filas llegó hasta Capitán. Pero—según dice el escritor colombiano don Constancio Franco—se le ultrajó y degradó sin motivo. Entonces, en 1812, enfurecido y sediento

(4) "Biografía de Ribas".

de venganza, maldice la bandera patriota, recoge la española y se lanza a la lucha, como el Conquistador de Heredia, **IVRE D'UN REVE HEROIQUE ET BRUTAL.**

Los realistas lo nombraron en 1813 Oficial de Urbanos y Comandante militar de Calabozo. Militó luego en las Provincias orientales bajo las órdenes de Cagigal. Cuando este Jefe, empujado por Mariño y Piar, se internó en Guayana, dejó en las inmediaciones de Santa María de Ipire a Boves y Morales, que eran Capitanes, con 100 hombres armados para que hostilizaran a los rebeldes. Haciendo Boves de primer Jefe y Morales de segundo, organizaron un Cuerpo franco, que obró desde entonces con absoluta independencia.

Como Quiroga en los GAUCHOS argentinos, Boves buscó su fuerza en los PARDOS de las llanuras venezolanas, que **NO QUERIAN SER LIBRES**—según la amarga expresión de Bolívar—y que eran, como son hoy,—citamos palabras de Blanco Fombona—**HORDAS TARTARAS.** Se hizo el ídolo de ellos, y a poco recorría las márgenes del Apure seguido de varios miles de jinetes, armados todos de lanza y algunos de trabuco y espada, vestidos con una camisa de amplias dimensiones, un corto calzón que no les pasaba de la rodilla y una inmensa **CORROSCA** sobre la hirsuta cerviz.

Dueño Bolívar de Caracas y encerrado Monteverde en Puerto Cabello, Boves surgió del bajo Apure sobre los llanos altos y amenazó la capital. Bolívar destacó a los Tenientes Coroneles Tomás Montilla y Carlos Padrón para que lo contuvieran. El 21 de septiembre venció Boves a Padrón en el caño de Santa Catalina y al día siguiente ocupó a Calabozo, abandonado por Montilla. En ambos puntos degolló y saqueó sin misericordia. Pocos días después es vencido por Campo-Elías en Mosquitero, donde de 2,000 compañeros logra salvar sólo 30. Se rehace en sus madrigueras del Guayabal con prontitud milagrosa. El 3 de febrero de 1814 destroza a Campo-Elías en La Puerta, y va enseguida a medir sus fuerzas por primera vez con Bolívar en San Mateo. Le seguían ahora 7,000 hombres. Después de un mes de lucha heroica, se retira por fin. El sacrificio de Ricaurte lo ha asombrado. Pero la causa de la libertad se pierde una vez más. Siguen cien combates horribles. La segunda jornada de La Puerta—en junio—da al Jefe realista la victoria completa. Las huestes de la Patria se hunden en el más absoluto desastre. Boves escribe entonces al Gobernador Cagigal: "He recobrado las armas, las municiones y el honor de las banderas españolas que V. E. de-

jó perder...". Ocupa a Caracas y es su autoridad incontrastable. Para vencer las partidas patriotas que aún vagaban por las llanuras de su feudo, Boves pasa a Cumaná y Barcelona, donde degüella, incendia, viola y destroza, y el 5 de diciembre derrota en Uroca a Ribas, Bermúdez, Piar, Monagas, Cedeño y Zaraza. Pero en medio del combate, pierde la vida de un lanzazo... (1)

250,000 víctimas costó la guerra a muerte. En 80,000 calculan los historiadores las de Boves durante su corta pero pavorosa dominación. Es algo, verdad, en un país cuya población no alcanzaba a un millón de almas....

La táctica de Boves está siempre basada en dos puntos: engañar al enemigo y traerlo a combatir donde él quiere. Como su fuerza principal es la caballería—él INVENTO los llaneros—escoge el terreno despejado, donde ella puede obrar libremente por los flancos. ¡Ah! Eran homéricas sus cargas. Caía sobre las huestes patriotas como el simún sobre las caravanas del desierto. Las empujaba, las envolvía, las revolcaba, las destrozaba, acababa literalmente con ellas. En el paso de San Marcos sobre el Guárico, no dejó vivo uno solo de 1,500 compañeros del Comandante Aldao. En La Cabrera pasó a cuchillo toda la Columna defensora, desde el Comandante Fernández hasta el último tambor. Mosquitero, San Mateo, las dos Puertas y Urica, fueron testigos atónitos de su crueldad rayana en proterva locura, de su temeridad rayana en el más alto heroísmo, de su aptitud para el arte de la guerra, digna de los grandes Capitanes de la Historia.

El 10 de julio de 1814 ocupó Boves a Valencia. Había firmado una capitulación y jurado sobre el Santísimo Sacramento que la respetaría. En cuanto se ve dueño de la plaza, asesina a todos los defensores y a inocentes vecinos, y hace bailar con los verdugos a las hijas, madres y viudas de las víctimas. El 8 de julio entró en Caracas la descubierta del Ejército realista, y su jefe, Ramón González, dijo en una proclama: "Vuestras vidas serán salvas, vuestras propiedades ilesas y vuestra seguridad inviolable". El 16 entró Boves, y por bandos consecutivos repitió las mismas promesas a los caraqueños. "No se hizo matanza

(1) Cree Blanco Fombona ("Cartas de Bolívar", 97) que una lanza del General Zaraza atravesó a Boves. Don Ramón I. Montes, en un estudio llamado "Dos épocas de Boves", dice que el asturiano fué víctima de la venganza de Ambrosio Bravante, hijo de Antonio Bravante, de Calabozo, cuya bella hija de quince años fué violada, en presencia de sus padres, por Boves, y luego entregada a la soldadesca.

ruidosa como en Valencia—dice Heredia—pero se despachaban los hombres al otro mundo paulatinamente en las ejecuciones nocturnas que se repetían sorprendiendo las víctimas y llevándolas en seguida a un paraje nombrado Coticita que según la voz pública era el teatro de estos asesinatos. Otros salían para Calabozo a esperar órdenes y los mataban en el camino bajo cualquier pretexto”. (1)

El 3 de octubre llegó Boves al pueblo de Santa Ana e hizo tocar a degüello, en el cual perecieron 500 personas, la mayor parte mujeres patriotas. La escena se repetía en todas partes.

El 15 de octubre entró a sangre y fuego en Barcelona. Por la noche, en medio de espesas tinieblas, contra las cuales lucha débilmente la funeraria luz de una lámpara, comienza a oírse una música triste, que se hace de pronto bulliciosa y alegre; en un momento la sala aparece iluminada, y damas, caraqueñas muchas, engalanadas por fuerza, aparecen, desoladas y llorosas, entre aquellos bandidos, empapados con la sangre de sus hijos y esposos. Ya en las altas horas la música iba debilitándose más y más; a poco un violín sonaba únicamente; después todo era silencio en el iluminado salón. Treinta músicos de Caracas, uno a uno habían dejado sus instrumentos para ser degollados. (2)

El 16 ocupa a Cumaná, y pasa a cuchillo a todos los habitantes, inclusive los niños y las mujeres: más de mil personas. “Después del degüello y saqueo de la entrada, continuó por un nuevo método su sistema favorito de matanzas diarias, arrojando las víctimas al río Manzanares, que corre por la población, para economizar la pólvora o el tiempo y horror de las lanzadas” (3)

También en Cumaná organizó baile. En él hizo matar a los músicos uno a uno: el último músico y la última pieza terminaron a las tres de la mañana. Estos bailes funambulescos y tétricos eran su especialidad. Oíd cómo describe Heredia uno dado en Valencia: “Boves reunió a todas las mujeres en un sarao, y entre tanto hizo recoger los hombres, que había tomado precauciones para que no se escaparan, y sacándolos fuera de la población, los alanceaba como a toros, sin auxilio espiritual. Las damas del baile se bebían las lágrimas y temblaban al oír las pi-

(1) “Memorias”, 279.

(2) C. Hispano, “Boves”. J. V. González, “Biografía de Ribas”, 101: A. ROJAS, “leyendas históricas”, I, 54.

(3) J. F. Heredia, “Memorias”, 289.

sadas de las partidas de caballería, temiendo lo que sucedió, mientras que Boves con un látigo en la mano las hacía danzar el PIQUIRICO y otros sonecitos de la tierra a que era muy aficionado, sin que la molicie que ellos inspiran fuese capaz de ablandar aquel corazón de hierro". (1)

Sus notas oficiales—que encabezaba primero con el título de "Comandante General del Ejército español e Intendente de las Provincias de Cumaná y Barcelona", y luego con el de "Comandante de Barlovento"—lo pintan de cuerpo entero. Imposible concebir mayor sevicia, más fría crueldad.

Cuartel General de Guayabal, noviembre 1º de 1813:

"Por la presente doy comisión al Capitán José Rufino Torralva, para que pueda reunir cuanta gente sea útil para el servicio, y puesto a la cabeza de ella pueda perseguir a todo traidor y castigarlo con el último suplicio; en la inteligencia que solo un CREO se le dará para que encomiende su alma al Criador, previniendo que los intereses que se recojan de estos traidores, serán repartidos entre los soldados que defienden la justa y santa causa, y el mérito a que cada individuo se haga acreedor será recomendado al señor Comandante General de la Provincia; y pido y encargo a los Comandantes de las tropas del Rey le auxilien en todo lo que sea necesario".

Calabozo, mayo 15 de 1814. Al Teniente Justicia Mayor de Camatagua:

"Recibí los hombres, y espero de su eficacia no deje un sólo hombre útil para concluir con esos pícaros, y luego descansar en el seno de sus familias.

"P. D.—Se fueron desertados la mitad de los que usted mandó: es una picardía; los pasará por las armas, y si no parecen me mandará presas sus familias para hacer un ejemplar: no ande usted flojo con estos infames".

Calabozo, mayo 23 de 1814. Al mismo:

"Trate U. de reunir toda la gente útil que se halla por los campos, y el que no comparezca a la voz del Rey, se tendrá por traidor y se le pasará por las armas".

Caracas, julio 25 de 1814. Al Teniente Justicia Mayor de Pueblo Nuevo:

"Conviene a la seguridad pública el que se castiguen los malvados que han sido causa de que se sacrifiquen los europeos,

(1) "Memorias", 27.

canarios o hijos del país. En esta inteligencia prevengo a usted que tomando los informes de personas de probidad (a fin de evitar algún partido de venganza) pase inmediatamente por las armas en ese pueblo a los de aquella clase, dándome cuenta de haberlo ejecutado; bien entendido que hago a U. responsable, si no lo verifica, de cualquier desgraciado acontecimiento que haya en esa jurisdicción”.

Como cifra y corona, éste a don Juan N. Quero, Gobernador de Caracas, en octubre de 1814:

“Si a mi llegada a esa ciudad, que será dentro de veinte días, encuentro un patriota, U. pagará con su cabeza”.

El Libertador, en 1815, decía a la **ROYAL GACETTE**: “La pluma se resiste a describir las execrables atrocidades del archimonstruo Boves, el devastador de Venezuela; más de 80,000 de sus hijos han bajado a la tumba silenciosa por su orden o por la propia mano de este caníbal, y el bello sexo ha sido deshonorado y destruído por los medios más abominables. Los ancianos y los niños han parecido al par de los combatientes; nada se ha escapado a la furia despiadada de este tigre. Entre los más bellas de su sexo, la joven Luisa Arrambide, hija de un español, pero nacida en América, fué públicamente expuesta y azotada hasta rendir su último aliento. Los llanos de Calabozo, la ciudad de Valencia,—donde violó Boves una capitulación que había jurado cumplir bajo el más solemne y sagrado juramento por los Santos Evangelios y en presencia de la Majestad Divina,—la capital de Caracas, las Provincias de Barcelona y Cumaná son monumentos eternos de la más espantosa carnicería. De todas estas bellas ciudades, de tantos campos risueños apenas quedan vestigios. Todo es escombros, cenizas, esqueletos”.

Don José Francisco Heredia, español y realista, Oidor de los Audiencias de México y Caracas, Decano y Regente de la última, hombre de corazón y de honor, escribió estas palabras, que valen por sentencia de última instancia en el proceso de Boves: “Acaso la posteridad dudará de estos hechos, que parecen imposibles entre gentes civilizadas y cristianas y a la sombra de las banderas españolas, como dudé yo hasta que las oí de testigos presenciales y caracterizados”. (1)

(1) “Memorias”, 266.

Y halló el fiero asturiano la muerte en el campo de batalla. Triunfante. Cuando los cascos de su corcel chapoteaban en la sangre aun caliente de los soldados enemigos. A la hora roja de un crepúsculo de la pampa infinita. Las glaucas pupilas de tigre, extasiadas en la contemplación del estrago. Lanza en ristre, la blasfemia en la boca, la melena y la barba en épico desgaire....

FABIO LOZANO Y LOZANO